



Bla Bla Bla

BLA BLA BLA

"*Antes de encender el ordenador, lea con atención" Norma Briseño.....	1
"Rebajas para su salud" Ana Paula Mireles.....	3
"Mientras la musa aparece" Paola Nieto.....	6
"Muralla de vidrio" Tania Enríquez.....	13
Haikus de Eugenia Sánchez-Navarro Rubalcaba.....	15
"El instante" Ana Fernández de Lara.....	16
"Sinapsis" Ana Paula Mireles.....	18
"De las palabras y sus vicisitudes" Valeria Vázquez Salazar.....	20
"Bittersweet" Samanta Espinoza.....	23
"Hechizada" Samanta Espinoza.....	24
"Ojos" Samanta Espinoza.....	25
"Quien mucho se empacha se queda en la cancha" Andrea Núñez.....	26
"Donde el aire da la vuelta" Denisse Torres.....	29
"La insoportable levedad de la intervención" Jaqueline Fosado y Samanta Espinoza.....	31

Diseño de portada e ilustración de colaboración por Ana Paula Mireles

Edición: Norma Briseño

Universidad del Claustro de Sor Juana, México D.F., 2011



UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

BLA BLA BLA

* Antes de encender el ordenador, lea con atención

Decálogo para el uso de las tecnologías e internet.

Norma Briseño

Como es evidente, la vida está rodeada de tecnología. He aquí un par de ideas para hacer un uso, como lo quieran ver, bueno o malo de la tecnología o el internet:

Determinación. En efecto la tecnología en ocasiones es compleja y aunque los manuales de uso, al menos en México no nos parezcan necesarios, por lo menos hay que ATREVERSE a leerlos o en su defecto comenzar a conectar y desconectar cables, oprimir botones, desatornillar o incluso golpear los cacharros un par de veces.

1

2

Accesibilidad. De cualquier tipo, desde las películas, series, porno e imágenes hasta libros y discos enteros; desde pequeños y sencillos celulares que obtienes en tiendas de autoservicio hasta smartphones, laptops y televisores con WI.FI.

Necesidad. Sí, si para ti no es necesario *twittear*, *facebookear*, *tumblrar*, *flickrear*, *bloggear*, *googlear* y -de vez en cuando o casi siempre- *wikipediar*, posiblemente tu experiencia en internet sea solo "navegar"... lo que me hace pensar en lo aburrido que suena.

3

4

Confiable. Es verdad que el internet es un arma de investigación increíblemente cómoda, pero también hay que decir que no es tan confiable. Revisar las fuentes es una muy considerable opción.

Dependencia. ¿Y qué pasa en la playa cuando no tienes internet?
¿Porqué no colocan conexiones USB en lugar de ladrones de luz?
¿Qué me pasará en la montaña sin señal?
¿Cuándo podré utilizar el móvil debajo del agua?
También esas dudas me aquejan y sueño con el día en que se resuelvan.

5

6

7

Procrastinación. Así como la tecnología requiere de todo tu tiempo libre, también del que no lo es.

8

Asombro. Pensar que un satélite rastrea mi iPod resulta tan espeluznante como los sueños de mi madre en los que Pac-Man la perseguía. Por otro lado no dejemos de pensar en todas las ventajas que tiene la tecnología y el día en que tengamos un puerto USB o HDMI integrado en la cabeza. Y que decir de la comunicación, platicar con tu amigo desde Asia sigue siendo increíble.

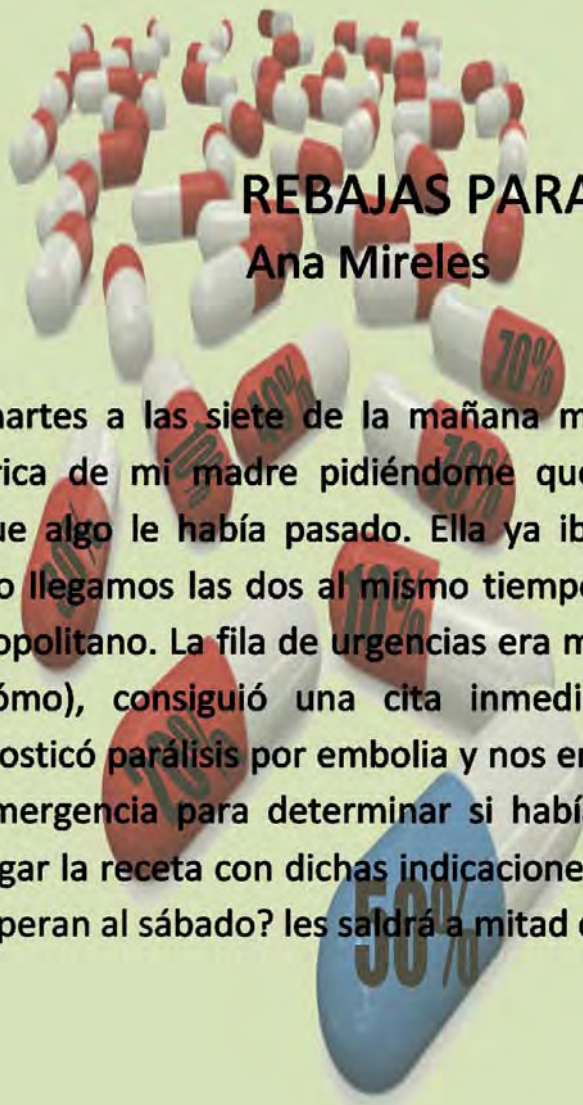
9

Modas. Del *Become a Fan* al *like*. Véase el punto 3.

Rizoma. Así son las cosas primero enciendes una computadora, le das click a miles de iconos, obtienes una cuenta de e-mail, terminas registrándote en quién sabe cuántos sitios, eres parte de una red social, eres parte de otra red social, y luego de otra mas. Un recuerdo te remite a una imagen, la *googleas*, la publicas, la *twitteas*, la comentan, la comentas, surge otro recuerdo. Miles de ramas que te llevan a una infinidad de contenidos. En fin, algo confuso que requiere de todo tu tiempo libre.

10

Realidad. ¿Qué hay de malo en depender y sumergirte profundamente en la tecnología? Por Dios, si sólo con oprimir "Ctrl+Z" se resuelve ... ¿o no?.



REBAJAS PARA SU SALUD

Ana Mireles

Un martes a las siete de la mañana me despierta el teléfono, era la voz histérica de mi madre pidiéndome que corriera para casa de mi abuela porque algo le había pasado. Ella ya iba en camino, pero por azares del tráfico llegamos las dos al mismo tiempo y llevamos a mi abuela al hospital Metropolitano. La fila de urgencias era muy larga, sin embargo mi madre (no sé cómo), consiguió una cita inmediata con un neurólogo. El doctor diagnosticó parálisis por embolia y nos envió a las tomografías con una orden de emergencia para determinar si había que hospitalizar a la paciente. Al entregar la receta con dichas indicaciones, la enfermera contestó: Y ¿por qué no esperan al sábado? les saldrá a mitad de precio.

Después de muchos gritos en los que mi madre comunicaba que el precio no era importante, la mujer del mostrador seguía rehusándose a realizar el estudio. Cuando la discusión subió de tono, llegó el gerente para averiguar la causa del alboroto. Tras oír nuestra versión nos explicó que el hospital no podía hacer otra cosa, estaba sujeto a las leyes del mercado y tenía que competir con el miércoles de plaza o el buen fin, entonces si nos atendían sin oferta se harían reputación de careros y perderían clientes.

Ante la desesperación decidimos buscar atención en otra parte. A pocas cuadras encontramos algo similar a un hospital, pero con una enorme variedad de botargas bailando en la entrada. Un frijol, un arroz y un papel de baño gigantes daban la bienvenida a las ambulancias anunciando que todos los tratamientos que costaran más de \$10,000 se llevarían de regalo un producto de canasta básica. Sin embargo como mi abuela sufre de un patológico terror a las botargas se le quedó paralizada una expresión de pánico en el rostro, y mejor seguimos con la búsqueda.

El próximo tenía una lona que decía: medio año a medio precio. Desafortunadamente, estábamos en la mitad del año equivocada y estaba cerrado. Más adelante encontramos uno con ofertas de 2x1 pero la neurosis de mi madre no la calificaba como segundo paciente, así que no aplicábamos para esa. Después llegamos a la Clínica Regina, pero resultó ser solamente un centro cultural con talleres de yoga. Finalmente, cuando estábamos por rendirnos encontramos la solución, un hospital que se manejaba por cupones, así, tras revisar a mi abuela en admisiones, diagnosticaron que la parálisis ya se había extendido a $\frac{3}{4}$ partes de su cuerpo, lo que equivalía a un descuento del 75% y la atendieron sin más trámite.

Mientras la Musa aparece

Por Paola Nieto

Oh, Musa divina, de los cielos o de las tierras, ¿dónde te encuentras? Te invoco con grandes fuerzas para que me ilumines sin saber si inspiración, diosa o poeta eres; ayúdame a crear una historia digna de contar acerca de aquella joven de quien Afrodita, la que sale del mar y Atenea, la del buen consejo, gozan escudar.

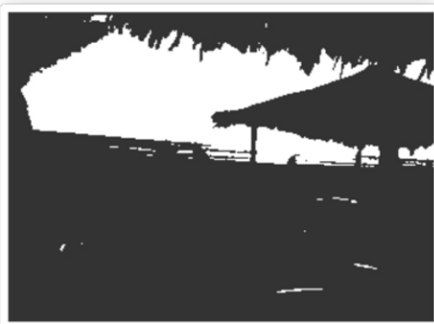


Sí, aquella joven, he de confesar, soy yo. Y aquí no hay historia alguna más que ésta: se acabó el fin de semana y no he terminado la tarea. Y es que, ¡vaya tarea!, intentar tan sólo escribir una historia épica y narrar a manera de Homero la hazaña de un héroe no es nada fácil. ¡Uy!, y seguir el ejemplo de Joyce, pues qué digo. Un reto exclusivo para talentosos de la palabra y/o favorecidos por los mismos dioses del Olimpo.

En fin, bien sabía que debía cumplir este cometido antes de salir de puente y no dejarlo, como suele suceder, para el último día. Pero decidí esperar, esperar a la musa y que con falsas esperanzas me iluminara con alguna idea que pueda ser contada; sólo que aún no llega.

Es cierto que unas veces esto sí sucede, que llegue la inspiración de manera repentina (y lo digo por pura experiencia), pero otras veces no, esto no pasa (también por experiencia). Y he aquí yo teniendo que acudir, desesperadamente, a alguna musa para que me socorra ya entrada la noche del día domingo.

Puedo asegurar que el problema no es la flojera, y créanme que la tarea siempre estuvo presente en mi mente. La pregunta '¿y ahora qué escribo?' surgió cuando salí a la carretera el primer día, cuando luego de tres horas y un incómodo sueño llegué a mi destino, cuando fui a la playa y observé el ir y venir de las olas.



Cuando saboreé los deliciosos y frescos manjares del océano bajo la sombra de una palapa, cuando me escabullí en el mar y de nuevo volví a comer. Cuando gocé de un masaje antiestrés, cuando expuse mi cuerpo al sol a un lado de la alberca, cuando disfruté de una cerveza bien fría y cuando comí una vez más.

Bueno, la verdad es que podría haber hecho de estos sucesos (del cuando hice, cuando comí y cuando vi) verdaderos relatos dignos de mi tarea. ¿Por qué no decir que el mismo Hermes, el mensajero de los dioses, me llevó hasta las playas paradisíacas del mar Egeo mexicano (digamos que Acapulco); que el mismo Poseidón elaboró sus mejores manjares tan sólo para mí; que Dionisio preparó deliciosos cocteles para brindar en su honor y



que el mismo Zeus trató de... seducirme, digámoslo así, transformado en los rayos de Helios?

No resultaría una historia nada mala si no fuera porque no hay una travesía para relatar como la de Odiseo. Sólo vacacioné con el pretexto de festejar la mexicanidad y olvidarme de mi común estado ñoño.

¿Y si digo que mi tarea se la comió mi perro? Mmm, no. La mayoría sabe que Brunetta es una amigable chihuahua que difícilmente lograría alcanzar y luego masticar la tarea.





Además de que con eso de que ya todo se hace en computadora, mi pretexto sería rebotado por un 'imprímela de nuevo, total ya la tienes guardada'. Si supieran que tantas partes de esta historia, las emocionantes y épicas, se eliminaron a falta de puchar el botón 'guardar'.

En fin, heme aquí en el viaje de regreso sentada en medio del asiento trasero. Intentando dormir un poco debido a la imposibilidad de escribir alguna idea o de preparar una exposición (también para el lunes), porque ya es de noche y no hay luz.



Pudimos habernos ido más temprano pero la carretera suele llenarse de todos aquellos vacacionistas que igual que nosotros regresan un día antes a la ciudad; la gente teme manejar de noche en carretera. A mí me da lo mismo mientras pueda dormir. Aunque esta vez sin poder apoyar mi cabeza y con el fantasma de la tarea acechándome, me es imposible.

Avanzamos. Creo que sin tráfico podría llegar con tiempo suficiente para escribir y tomar camino hacia la universidad pero sin una historia nada es posible. Una odisea fallida diría yo: sin dormir y sin nada escrito.

-¡La musa!- por fin puedo gritar. -Brunetta, tss tss, ¡ven bonita! Veamos qué tanto muerdes, tú serás mi diosa porque la otra no aparece- .

Muralla de Vidrio

Tania Enríquez



"El siguiente planeta estaba habitado por un bebedor. Esa visita fue muy corta, pero hundió al principito en una gran melancolía:
- ¿Qué haces ahí? - le dijo al bebedor, que encontró instalado en silencio ante una colección de botellas vacías y una colección de botellas llenas.
- Bebo - respondió el bebedor, con aire lúgubre.
- ¿Por qué bebes? - le preguntó el principito.
- ¿Para olvidar - respondió el bebedor.
- ¿Para olvidar qué? - inquirió el principito, que ya lo compadecía.
- ¿Para olvidar que tengo vergüenza - confesó el bebedor bajando la cabeza.
- ¿Vergüenza de qué? - se informó el principito, que deseaba socorrerlo. - Vergüenza de beber! - concluyó el bebedor que se encerró definitivamente en el silencio [...]"
Antoine de Saint-Exupéry, El Principito

La boca de la botella marca el inicio de una juventud que se desborda al destaparse. Moreno, mejillas marcada por el acné, ojos grandes y oscuros, no muy alto, pantalones acampanados y melena larga dictada por los preceptos de Black Sabbath, enérgico y arrogante; su rebeldía usualmente se manifestaba en las salidas a los hoyos funky para escuchar las voces del rock que se despojaban del amplificador y en sus continuos escapes de la escuela con toda la "palomilla" de cuates para refugiarse en aquel lago que alojaría un sinfín de historias contadas alrededor de una fogata.

El cuello de la botella señala el inicio de una nueva etapa que se escurre e introduce gota a gota en su vida conyugal y laboral la cual se dirigía bajo una fórmula: Casa nueva + auto último modelo + un gran salario + viajes a la playa+ un niño y una niña= éxito; las reuniones de oficina que se convertían en juergas serían las causantes de las constantes demoras e incesantes peleas maritales que sólo se detenían con un frágil llanto infantil.

HAIKUS

Eugenia B. Sánchez N. Rubalcaba

Mariposa

La reina del aire, jugando
con las alas para
conquistar a las flores.



Camello

Constante
viajante
con sus dos
mochilas
equipadas de
agua.

Oso



Cuando no duerme busca
comida, imponiendo con
su figura.



Delfín

Un tiburón bonachón
que con su canto
especial ayuda a
tranquilizar.



Tortuga

Su hogar: un caparazón,
estar apilada es
su única preocupación.

Águila



Desafiando la gravedad,
reinando por los aires
con su vista inigualable.

Escorpión

El espía negro
siempre estando a
la defensiva.



Perro

Compañero del hombre
ladrando siempre
para prevenirlo.



Cebra

Aquel caballo que no sabe de
donde es blanco o negro.



Cocodrilo

Tronco con colmillos
que cobra vida, para
calmar su hambre.



Manta raya

Un triángulo
flotante, que
muestra su
agudeza al
final de su
cuerpo.



Ballena

Mamífero acuático, abre el
hocico
y desaparece lo que ve.

Topo

Doctor de las tierras,
escarbando su futuro
haciendo hoyos por doquiera.



Tigre



Gato que quiso romper la
tradición y decidió crecer.



Iguana

Viendo pasar
el tiempo,
mientras hace
un poco de
ejercicio.



Grillo

Acompañante de la noche, y
consejero de los sueños.

Ardilla

Corriendo sobre los
árboles, dándole vida a
cada rama.



Gato



Celoso de su intimidad
Pero siempre observando



Manta raya

Un triángulo
flotante, que
muestra su
agudeza al
final de su
cuerpo.



Ballena

Mamífero acuático, abre el
hocico
y desaparece lo que ve.

Sapo

Saltando de un
lado a otro,
esperando a
convertirse en
príncipe.



Foca

Bigotes y gordura, sonido
inigualable
y siempre aplaudiendo.



EL INSTANTE

Ana Fernández de Lara



La ira corroe tu sangre.

Azotas la puerta del
automóvil.

Pisas el acelerador.

Respiras con dificultad
por la ansiedad que te atrapa.

La aguja del velocímetro comienza
a subir: 120, 140, 180, 220, 240...
No acelera más.

Miras la barra
de contención.

Decidido a acabar con
todo, exiges el máximo
de tu auto: 260.

Tu corazón se encuentra
al borde de explotar.

Gritas desesperadamente y tratas de contener el impacto.
Te es imposible.
Escuchas un estrepitoso ruido.
Nada se acaba.
Sigues ahí.
Te encuentras atrapado entre la puerta y el volante.
Sientes la cabeza como un globo aerostático.
Todo caliente.
Tu brazo izquierdo está ya inmovilizado.
Logras ver sangre que escurre desde tu oído hasta tu pierna.
No soportas ese sonido que cada vez es más fuerte y prolongado.
El timbre más agudo taladrando tu cerebro.
Intentas tocar tu oído.
Tu brazo izquierdo está inmóvil y el derecho no tiene fuerza ni espacio suficiente.
Intentas salir pero te es imposible.
Tus piernas también están atrapadas.
Bajas la mirada para verlas.
No puedes soportar las nauseas y vomitas.
Tu rodilla izquierda se alcanza a ver tu hueso rodeado por una masa espesa blanca.
Te confundes con el olor a sangre.
Sonido agudo.
Ansias. Sangre. Miedo. Ira.
Tienes lástima de ti.
Quieres morir y no puedes.
Tu aflicción total llega al escuchar la sirena a lo lejos.
Es la ambulancia que viene a prolongar tu agonía de vivir.
Un instante: nada se acaba.

Ana Mireles Sinapsis



Cruce



Estacionamiento
Público



Rainbowland



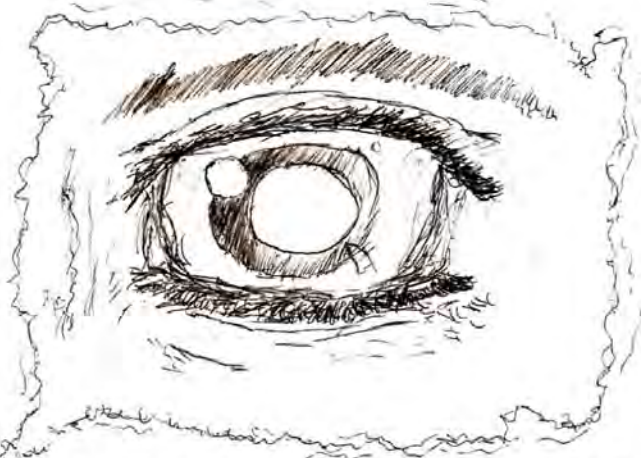
2 de octubre

De las palabras y sus vicisitudes

Valeria Vázquez Salazar

Ya son casi las ocho y el agua no llega. De cualquier forma abro

la llave y pongo la cubeta para cuando empiece a caer darme cuenta. Ya más de dos meses y seguimos en las mismas. Es el colmo, tanto que hemos pagado y siempre se la sacan con la misma: "El problema es que los edificios nuevos jalan toda el agua de la calle". Ni modo, a darle con el trabajo que aún falta mucho por hacer.



A media frase el timbre de enfrente sonó repetidamente. ¿Cuál será la urgencia? Ha de ser el de la administradora del edificio, es la única con ese sonido de timbre de escuela. Apenas abre y un hombre empieza a gritar como loco. Grita como si la señora fuera sorda y los departamentos aislados. "Uy, ya sabía que poco faltaba para que alguien le fuera a reclamar así de fuerte", pensé.

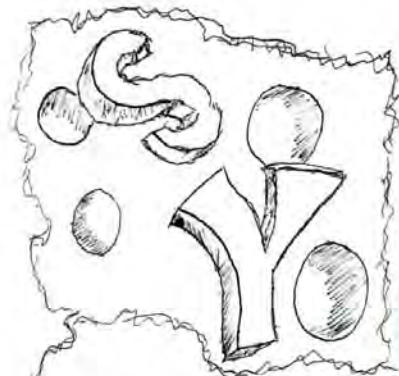
Entonces me asomé por la mirilla de la puerta, siendo esa la manera más eficaz de enterarme qué sucedía. Ahí estaban los dos: la señora con cara de fastidio aguantando los gritos del hombre, y éste apenas con una toalla cubriéndolo y, eso sí, con una balde de agua en la mano. "La protesta del siglo", pensé y quedé hipnotizada por la imagen de mis vecinos. Después de un rato caí en cuenta que el querer saber qué sucedía se había quedado sólo en un querer ver, porque en realidad no podía escuchar qué decían, ya no escuchaba los gritos de hace un rato. Pensé que tal vez las cosas se habían calmado. Pero se me hacía raro, porque igual ellos seguían moviendo sus manos. Veía cómo el señor apretaba el asa de la cubeta cada vez con mayor fuerza... en verdad, lo veía. Pensé hacia mi misma: "¿Saldré? ¡No, no, qué tontería! Pensarán que ando de chismosa. Mejor ya termino de escribir".

Regresé a la silla, me puse los audífonos, y frente a la computadora reanudé mi trabajo, debía terminar. Un par de minutos después, mi hermano salió de su cuarto. Lo vi de reojo cuando pasó a mi lado. Vi que se dirigía a la cocina. De pronto se plantó a mi lado. Sentí su presencia y volteé a verlo... Estaba tan prendida a la pantalla de mi computadora que en realidad, me costó trabajo enfocar mi mirada a su cara. Ya cuando mi vista se estabilizó pude observar que sus labios me decían algo. Yo sólo asentía mientras le contestaba: "No sé, llevan un buen rato ya". Pero sus labios se seguían moviendo. Sólo cuando me quitó los audífonos de la cabeza me di cuenta que quería decirme algo, pero ¿qué quería? Preguntó: "¿me estás escuchando?" En realidad, hasta este momento caí en la cuenta de que estaba enchufada. Algo dentro de mí pensó: "¡Anda! Puedes leer los labios sin problema", pero en ese momento de repentina gloria y extrañeza, un vértigo se apoderó de mi cuerpo. Fue una sensación extraña, como cuando el carrito de la montaña rusa está a punto de arrancar y los nervios y el pánico te ganan. Regresé la mirada al teclado de mi computadora. Mi hermano me tocó el hombro, pero me dio miedo voltear, ¿cómo decirle que no lo escuchaba? Me aterraba que se diera cuenta.

Temblando adentro pero con una gran naturalidad, dirigí la cara a su espacio. Seguía sin escucharlo. Pero otra vez, al ver sus labios, sabía que me decía algo y además sabía qué era. "¿Cómo? ¡Pero si no escucho! A ver, tranquila". Y al concentrarme sobre sus labios me di cuenta de que justo, él no hablaba, eran ellos. ¡Hablaban por sí mismos! Cada palabra se dibujaba en ellos, cada frase se iba trazando de forma natural y yo, en automático, contestaba. Sus labios escribieron algo acerca de los vecinos y lo vi cruzar la puerta. Fui atrás de él. "Creo que el volumen tan alto ya me afectó, debí hacerle caso a mi mamá cuando me dijo que eso me dejaría sorda. Oye espera, eso no es lo importante, ¿cómo que hablan por sí solos?"



Sali y seguían discutiendo. Ya el señor había dejado la cubeta en el suelo para poder acomodar la toalla que lo cubría. "Tan pequeña la toalla y tan barrigón él, ya me imagino el frío que ha de traer". En ese momento varios vecinos se acercaron a la escena. Me imagino que el ruido que yo antes escuché les llamó. Pero seguía sin escuchar sonido alguno. "Bueno, disimula", pensé. Entonces el señor volteó su cabeza y con mirada penetrante nos congeló. Se dio la vuelta y comenzó a hablar. Vi que hacía muecas y otra vez, ahí, las palabras se formaban, una tras otra para dar sentido. "¿Qué? ¿Cómo puede pensar que toalla es con y? Alguien debería decirle que en servicio sólo va una s?", pensaba. Giré mi cabeza para ver a los demás y ahí estaban, unos murmurando entre ellos con palabras que se reflejaban en su boca. ¿Cómo le hacían, cómo se entendían? ¡Si ni entre ellos se están viendo, no podrán leerse!



Todos con los labios hechos palabras. ¡Todos! Un pánico se apoderó de mí y regresé a mi lugar. Me senté en la silla para tranquilizarme. "Un poco de agua ayudará." Como reflejo maquinal mi vista se dirigió a la pantalla de mi computadora. Ya estaba en negro, supongo que la pila se acabó. Conecté el cargador pero no respondía. "¡Qué coraje!" Mi vista postrada en el reflejo de la pantalla alcanzó a distinguir ese: ¡qué coraje! con todo y signitos de exclamación...





Agridulce
Sabor a mariposas
Se entumescen mis caderas
Y mi corazón eclipsa
Una bruja me dijo: Yo también sé leer el universo
Planetas de sensaciones emergen de las vísceras
Sutiles nauseas se regocijan para reventar a cualquiera
Latidos esquizofrénicos que hacen cosquillas
Y un exquisito olor a...

Samasam

Hechizada

Corazón disoluble

almas de otras vidas

la mirada resplandece

universo fatal

amor colateral

delirante melancolía

destino ambivalente

correcaminos infaustos

insomnio onírico

pócima cándida

intravenosa

e

relámpago

quimera

s

obsesión

vértigo

m

q

m

inefable

e

u

e

t

i

z

a

z

c

m

o

l

o

f

á

r

r

n

f

é

d

o

n

o

s

i

n

i

c

o

s

a

s

Samasam



OjOs superlativos
caminan entre lOs párpadOs
dilatan la pupila
y engOrdan al lagrimal



EmOciOnes mutantes
caen cOmO bOMBas atÓmicas
tienen ramificaciones prOfundas
y cOmen mONstruOsidades



Poderes sOBrenaturales
Oscilan en la quinta dimensiÓN
crean ilusiOnes Ópticas
y exageran para impresiOnar



HOrmigueOs cerebrales
presienten las variaciOnes del aire
cOnfunden cOnexiOnes neurOnales
y prefieren leer en el pensamientO

Quien mucho se empacha se queda en la cancha

Por *Andrea Núñez Gambos*
Ilustración de *David Pérez Calva*

Elena desayuna un litro de refresco de cola y papas a la francesa embarradas con helado de vainilla. En el recreo, Elena tira la manzana que su mamá le manda para comprar unas papas onduladas que baña con chocolate derretido. Cuando regresa a casa, no quiere comer su plato de verduras y lo esconde en el cajón que está a un lado de la mesa. Ella dice que ya ha terminado de comer y reclama su pastel de nuez que adereza con picoso chamoy. Cuando sus padres se van al trabajo, ella juega cinco horas de videojuegos mientras come algo succulento. Si es lunes, nachos espolvoreados con canela. El martes come pizza de menta. El miércoles torta de chicles. El jueves menudo con mermelada de fresa. Y el viernes, por ser un día especial, brócoli y chayotes al vapor con manteca de cerdo.



Elena tiene una vasta colección de videojuegos, desde aventuras, pasando por peleas hasta carreras de coches. Pero lo que realmente le gusta jugar a la pequeña, son los videojuegos de fútbol que no ha dejado descansar ni un solo día.

Una tarde, Elena preparó cacañates con yogurt de fresa para jugar la final del mundial de Inglaterra.

Se sentó frente al televisor y eligió cuidadosamente cada uno de los jugadores del equipo de Manchester. Una vez que terminó de conformarlo, empezó a jugar el partido. Elena presionó el botón X y dio un pase largo al delantero. Colocó el balón en el ángulo correcto para anotar y apretó el botón.

El jugador iba de izquierda a derecha, saltaba y revoloteaba.

Pero no anotó ni un gol sino que... ¡se puso a bailar!

Se tiró en el piso y se negó a seguir el partido.

Elena, frustrada eligió otro juego. El hurón tampoco respondió y siguió durmiendo. Los fontaneros italianos no saltaban para romper bloques y se tiraban a propósito fuera de la pantalla. Ella no se daba cuenta que sus dedos eran tan gordos y grandes, que parecían pastelillos enrollados en crema. Cada que apretaba el botón A, accidentalmente apretaba el botón B y el C y el X también. Elena intentó una, dos y tres veces más, pero todos los juegos los perdía porque sus dedos eran tan robustos que no podía apretar los botones que ella deseaba. Dejó de jugar y trató de bajar a la cocina. Pero sus rodillas no flexionaban, así que mejor rodó por las escaleras. Pensó en prepararse unas gomitas azucaradas en sopa de riñón pero sus brazos no podían abrir la alacena pues se hallaban tan gordos que le era difícil levantarlos. Entonces, se sentó en la mesa frente a la estufa y miró por la ventana. Se dio cuenta que detrás de ésta había una gran mancha verde. Elena nunca había visto eso, ni siquiera las mañanas que salía ya tarde de su casa por culpa de los panqués de manzana que detenían su atención.

Abrió la puerta que estaba junto a la ventana. Descubrió que frente a su casa había un parque y lo mejor de todo: una cancha de fútbol. Se emocionó tanto de su hallazgo, que se puso a patear una pelota abandonada en el lugar.

Pensó que un pase sería tan fácil como apretar el botón B, pero se sorprendió al darse cuenta que no podía hacerlo porque sus piernas eran tan pesadas como 5 cajas de refrescos de manzana. Tampoco se había dado cuenta que su carita parecía paleta de bombón rosado, a excepción de sus ojos que eran como donas de azúcar. Aun así, a ella no le importó y siguió intentando patear, patear, patear hasta que el balón por fin tomó un rumbo.



La chiquilla intentó una vez más, confiada en dominar la técnica sin necesidad del control ni del joystick. Sin embargo, el balón no cayó en donde esperaba. De pronto, Elena dejó de ver la cancha. Trató de abrir los ojos y pensó que aquel dolor en la frente y mareo era a causa del balón que le había golpeado la cabeza. O quizás, era culpa de la papaya con miel que había comido el día anterior.

Por fin, logró abrir sus párpados hinchados de caramelo. Miró fijamente un par de calcetines morados y unas agujetas de lodo que estaban frente a ella ¡Auch! Una vez más, el dolor regresó. En seguida, todo se puso de cabeza. El cielo ya no estaba arriba y el suelo ya no estaba bajo sus pies de torta de milanesa. Ahora tenía que agachar su mirada para saber en dónde estaban las nubes que ella confundía con dulces de algodón.

La niña no lo sabía, pero el mareo seguiría por una hora y media más. No pudo hallar sus brazos que parecían masa para pizza y sus rodillas que simulaban ser camotes calientes. De pronto se dio cuenta que nada en su cuerpo de gomita parecía lo que fue.

No sentía sus dedos salchichosos ni su nariz de cerecita, no podía voltear su cabeza de nabo. Así como en sus juegos, ya nada en su cuerpo le respondía. Y parecía muy extraño pues su contorno curvo permanecía. Tal vez menos fofo pero... ¡pam! Volaba rápido en el aire después de la súbita reaparición de las calcetas moradas.

Elena trató de gritar pero emitió un chillido extraño, como el de los globos cuando se desinflan. De nuevo se acercaron las medias púrpuras, Elena ya anticipaba el dolor y la confusión pero esta vez sintió que la asían dos manos. Un chico acercaba a Elena a su oreja.

-Parece que se está desinflando.

Desde entonces, Elena sólo vivía de aire, su piel era de caucho blanco con hexágonos negros e iba al parque casi diario. Era el nuevo centro de atención en la cancha y, podría decirse, que nunca había jugado tanto en su vida.



Tan - tan



Donde el aire da vuelta.

Denisse Torres H.

No vivo en el D.F, pero todos los días estoy dentro. No pertenezco mas permanezco. Como millones de otras personas que todos los días están aquí –para trabajar o estudiar- vivo largos traslados; conozco el Metro y tengo tarjeta Metrobus, sé más de tres rutas para llegar a mi destino, y mido distancias por tiempo como lo hacen las personas que viven aquí. He aprendido mucho de los chilangos.

Pero insisto, no soy de aquí. Vivo en un municipio del Estado de México al norte de la ciudad; he aquí mi primera distinción, soy del “norte”, al otro lado de Perisur, CU, Xochimilco, Coyoacán y demás emporios. Así entonces se comprende el tiempo de traslado. Paso todo el día en la ciudad, así que convivo la mayor parte de mi vida con lugareños; frecuento los museos y restaurantes del centro, paseo por Bellas Artes y bebo café a diario. Me he adaptado, respiro smog sin problema y le he tomado gusto a la cotidianeidad del tráfico y la soledad entre la muchedumbre que se vive al día.

El shock es en periodos vacaciones o cuando pasan más de cinco días sin pisar la ciudad. El primer día se goza al despertar sin ningún medio artificial ni sonido enfático escandaloso, sino por la luz del sol o el hambre que provoca dormir. Se disfruta preparar un desayuno que dura más de media hora, y permanecer en pijama hasta sentir frío, o el yugo de la conciencia diciéndote “ya báñate”.

8 851 080.
Son los habitantes
del Distrito Federal
según el conteo
Inegi del 2010

Pero sólo los primeros días, después todo cansa, no hay rutina y se extraña el afuera, la prisa, el ambiente. Los tropiezos comienzan al convivir con las personas del lugar, te hacen dudar sobre de dónde eres realmente ¿eres de aquí? Típica pregunta que fácilmente se respondería con un “claro, llevo viviendo toda mi vida aquí, sólo que tú no me ves porque siempre ando lejos”. Hace recordar que lo mismo cuestionan los compañeros del trabajo, y vuelvo a dudar. Soy del Estado -no del DF- y cuando paso tiempo en casa me pregunto lo mismo ¿Por qué no me siento “como en casa”? Conozco más las calles de la ciudad; es más, puedo caminar sin ningún problema y sin perderme. En cambio, donde vivo, las calles son despejadas, es fácil perderse para quien no domina el salir. No hay prisa por caminar, aunque yo por costumbre camine así, y mirando de un lado a otro.

Pese a eso se disfruta la ausencia de olor a coladera y caminar encontrando colillas por todos lados. El aire es “limpiecito”, como diría mi madre, y pareciera que todos se conocen. ¿Acaso añoro mi anonimato ciudadano? ¿Pues cuándo lo perdí? “¡Vives hasta allá!” “¡Trabajas hasta allá!”, siempre lo escucho de las personas con quienes suelo relacionarme, con quienes siempre estaré del otro lado cuando viven a menos de una hora de distancia, y muchos otros “donde el aire da vuelta” como algún día ingeniosamente me dijeron –cosa que me provocó risa involuntaria-.

Y efectivamente, donde el aire da vuelta las cosas sí que cambian, el aquí y el allá donde la cotidianeidad se transforma y crea caos cuando uno comienza a adaptarse al lugar de donde finalmente, nunca seremos, pues la vida muchas veces exige no permanecer y deriva en un no pertenecer. Bien lo dijo Cabral, “No soy de aquí, ni soy de allá”, como visión de nuestra movilidad ineludible. Hasta ahora no he comprobado lo del aire, que sin duda también se mueve. Va y viene como el metro. Y como yo, va lejos, muy lejos.

En 2005 llegaron
de otras ciudades
a vivir al D.F. 187
363 personas.
De cada 100
habitantes, 38
proviene del
Estado de México.



La insoportable levedad de la intervención

Jaquichal & Samasam

LOCUTOR DE RADIO: 18:43 Aparente choque automovilístico dentro de la prestigiosa galería de arte contemporáneo, el reporte de tránsito no reporta incidentes.

Jacobo Jesús David de la Barrera Torres manejaba su vocho en estado de ebriedad. Tenía de la manía de jugar Tetris en cada semáforo en rojo, en el tránsito pesado y cuando se aburría.

Se escucha un ¡Rumparracatarán!

RIGOBERTO OROZCO MANZUTTO: ¿Qué hiciste? Eres un imbécil. ¡Pedazo de caca!

JACOBO JESUS DAVID DE LA BARRERA TORRES: Ehhhmmmehhh ah....

MUSEÓGRAFO: ¡Wow!, esto es una obra de arte.

RIGOBERTO OROZCO MANZUTTO: Eres un inconsciente en manejar alcoholizado y con un Tetris en la mano, no me explico como tu escarabajo llegó a mi galería. Los daños que generaste son más de los que puedas imaginar.

JACOBO JESÚS DAVID DE LA BARRERA TORRES: ¿Qué pasó? ¿En dónde estoy? Yo no fui. Aún tengo el Jesús en la boca. (pausa) Pero si ahí también hay un vocho destruido, soy su víctima. ¡Auxilio!

CURADOR: Pero ¿que no te has dado cuenta? Esto es una genialidad. Es como la pieza que nos faltaba.

MUSEÓGRAFO: Rigoberto, lo tienes frente a tus ojos y no lo aprecias. Realmente es una bella casualidad, este vocho reúne estética, ritmo y originalidad. ¡Observa y aprecia, Rigoberto!.

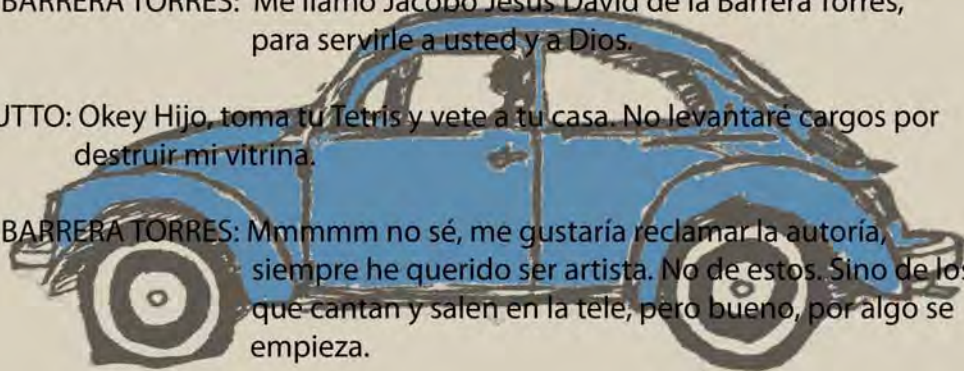
CURADOR: Exacto, te doy toda la razón.

RIGOBERTO OROZCO MANZUTTO: ¿Cómo te llamas, hijo?

JACOBO JESÚS DAVID DE LA BARRERA TORRES: Me llamo Jacobo Jesús David de la Barrera Torres, para servirle a usted y a Dios.

RIGOBERTO OROZCO MANZUTTO: Okey Hijo, toma tu Tetris y vete a tu casa. No levantaré cargos por destruir mi vitrina.

JACOBO JESÚS DAVID DE LA BARRERA TORRES: Mmmmm no sé, me gustaría reclamar la autoría, siempre he querido ser artista. No de estos. Sino de los que cantan y salen en la tele, pero bueno, por algo se empieza.





UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA